

# PRÓLOGO

Palacio de la Gobernación,  
Madrid, 13 de enero de 1819

Un pajarito de madera sacó tres veces su cuerpo aleteando con fuerza en un esfuerzo triste, por inútil, y desapareció tras una ventanita tirolesa. Doña Ana Isabel Mendoza de Zúñiga, condesa de Miraflores, se levantó de golpe de la silla en la que había permanecido durante tres largas y silenciosas horas cuando el acero del picaporte chasqueó y la puerta de roble se abrió por fin.

—Señora, tendrá que excusar a su excelencia, pero finalmente no podrá recibirla. Vuelva mañana.

—Llevo una semana volviendo mañana. Dígale que será solo un momento. Por favor. Tengo que verle —dijo la joven alzando un poco la voz.

—Señora, repórtese, le digo que hoy no es posible. Entenderá que su excelencia tiene ocupaciones más importantes que atender los problemas de una mujer. Hágame caso, vuelva a su casa, que es donde debe estar.

El secretario del gobernador tenía hambre y estaba harto de esa mujer insistente, así que ni siquiera se había detenido para hablar con ella; cruzaba la enorme sala en dirección a la salida.

La condesa no lo siguió, permaneció impávida, mirándolo con inexpresiva presencia.

—Solo dígame una cosa, señor secretario. No los están buscando, ¿verdad? No los van a coger nunca.

El funcionario suspiró y, a pesar de haber ganado ya la puerta, se detuvo y se giró. Era un hombre joven y enojado, que se peinaba como un emperador romano con el flequillo hacia la cara.

—Escúcheme, señora, lo que usted hace no es sano —dijo con un paternalismo hueco—, debe ser razonable y esperar en casa. Yo le aseguro que, si hay cualquier novedad, será la primera en enterarse. Ahora, si me lo permite, me esperan para comer.

Se alejó dando la conversación por zanjada sin esperar respuesta.

—¿Cómo es posible que dos asesinos estén en la calle? ¿Por qué las autoridades no se encargan de buscarlos y capturarlos?

—¡Ya está bien! ¡He intentado ser amable con usted por su triste y desamparada situación, pero es una impertinente! Debería haberla evitado, como hacen todos.

—Se van a escapar, puede que ya no estén en Madrid, y ustedes no hacen nada por ser ellos quienes son —dijo la joven en tono neutro.

—¡Ha perdido la razón! —masculló el secretario mientras caminaba hacia ella inclinado hacia delante como un pajaraco en busca de su gusano—. Lo que dice es traición a la corona. ¿Quiere acabar ante un verdugo?

La dama bajó la mirada y enmudeció, mientras el hombre soltaba un sonoro suspiro.

—Su marido murió, ¿de acuerdo? —dijo con condescendencia tirando de los puños de su camisa con un meñique tieso—. Tiene que aceptarlo. Nada de lo que haga se lo va a devolver. Olvídese de asesinos y capturas; una mujer no debe ocuparse de esas cosas. ¡Usted vaya a la iglesia y rece! Rece mucho. A lo mejor todavía puede encontrar otro ma-

rído, no es fácil, pero quién sabe. —Levantó la nariz, se giró entre el sonido del roce de la seda, y se alejó con prisa.

Doña Anabel permaneció inmóvil hasta que el sonido de los tacones del secretario contra el mármol pulido se desvaneció por completo. Y durante ese breve momento, la condesa de Miraflores tomó una decisión.

Y no era rezar.



# 1

La diligencia partió de Madrid con puntualidad española, dos horas después de lo previsto. El conductor se empeñó en recuperar el tiempo perdido azuzando a los caballos y levantando de sus asientos a los apretados viajeros. Cruzaron la península por el Camino Real, atravesando los silenciosos campos de Castilla arrasados por la guerra, jalonados de desmañados pueblos, hombres mutilados, niños desnudos y campesinos hambrientos.

Tras la victoria en la guerra de la Independencia contra el invasor francés, España era un país devastado y humillado. Habían derrotado al mejor ejército del mundo y habían enviado al gran Napoleón de vuelta a París de una patada en su imperial culo, pero cometieron un error, un gran error: devolver el trono a Fernando VII; *el Deseado*, lo llamaban. Su primera medida fue eliminar la Constitución para proclamarse rey absoluto. Mientras Europa prosperaba, España era un país hambriento y de regreso a la Edad Media. Los focos liberales eran aplastados; cualquier signo de oposición, considerado traición a la corona y condenado con la muerte.

Pero la rebeldía y el espíritu de la guerrilla continuaban vivos en Andalucía. En el corazón de la serranía, un grupo de hombres desafiaba la autoridad real robando y hostigando los cargamentos del rey, los llamaban los Siete Chacales. La partida de bandoleros más poderosa y temida. Amos del desfiladero de Despeñaperros, puerta natural de Andalucía desde la meseta castellana y, por lo tanto, paso obligatorio

de viajeros y carruajes. Y no era el dinero lo que perseguían. No amasaban fortunas. No se conocía a ningún bandolero que hubiera muerto rico. Ni viejo.

El dinero se repartía entre la cuadrilla, los campesinos, los pastores, las viudas que pasaban malos momentos... Y con el pueblo de su lado, manejaban una potente red de información que ya quisiera el rey para sí. Pastores, campesinos, comerciantes, curas... Todos eran sus confidentes. No se movía nada en la sierra que la banda no supiera.

Por eso era imposible detenerlos. Apresarlos, matarlos y descuartizarlos para repartir sus miembros por los caminos era la prioridad del ejército y las autoridades, pero nunca lograban acercarse a ellos. Parecían saber, no ya dónde estaban los soldados, sino sus intenciones. Y el pueblo los amaba más en cada escaramuza de la que salían triunfantes frente al poder. Ni el dinero empleado en sobornos, ni el número de soldados, cambiaba el resultado. Y en las tabernas y las fiestas se cantaban coplas sobre ellos que todos conocían. La gente del pueblo veía como algunos de los suyos habían desafiado al poder apropiándose por la fuerza de la serranía. Su tierra y la tierra de sus antepasados.

El reino de los Siete Chacales. A ese lugar sin ley se dirigía la condesa de Miraflores en compañía de su doncella.

La diligencia llegó hasta Santa Elena, el último pueblo castellano a los pies de la serranía andaluza tras cuatro largas y agotadoras jornadas de viaje. El carretero saltó a tierra desde el pescante con una escopeta en la mano. Era un hombre de constitución compacta, tan ancho como alto, con la cara y las manos renegridas por el sol.

—A partir de aquí entramos en el desfiladero de Despeñaperros —dijo a los viajeros mientras cargaba su arma—. Vamos a cruzarlo a buen ritmo y sin parar.

El hombre apoyó la culata de la escopeta en su cadera y miró a los asustados viajeros.

—¿Les ha quedado claro a todos? No vamos a parar hasta que llegemos al otro lado. Bien, pues que Dios se apiade de nuestras almas.

El conductor se santiguó, subió al pescante para tomar las riendas y la diligencia se adentró en la sierra por un estrecho sendero que se ceñía a las montañas entre paredes verticales, profundos precipicios y espeso bosque.

## 2

—¡Samuel, no! ¡Hijo de puta! —gritó el capitán de los bandoleros mientras se levantaba del suelo de un salto.

Un disparo desde el interior del furgón acorazado hacia el que corrían los había detenido en seco y se habían lanzado cuerpo a tierra. A pesar de que el atraco estaba planeado al detalle, nadie les alertó de que en el carruaje viajase un soldado armado.

El Capitán, aún con el zumbido del estruendo en sus oídos, observó que el bastardo corría cuchillo en mano, directo hacia la puerta del furgón astillada por el proyectil. Pateando el suelo a una velocidad infernal, sus botas de cuero levantaban polvo y pequeños guijarros. En un parpadeo estaba subido al estribo del carruaje, había tirado la puerta abajo de una potente patada y se había colado en el interior.

Plantado frente al furgón, el jefe de los bandidos miró a la oscuridad del interior esperando oír disparos. Que aquel hijo del demonio no tenía ningún respeto por la muerte era algo que sabía bien, pero seguía sorprendiéndose cuando actuaba así.

Sentía la respiración contenida de sus hombres tras él. Todos inmóviles, con los ojos fijos en el furgón del dinero. Expectantes. Ninguno de ellos derramaría una lágrima si el bastardo acababa muerto allí dentro. Tampoco se emborracharían bebiendo en su memoria, recordando los buenos momentos. Aunque hubieran querido hacerlo —que no querían— ninguno de ellos, a pesar de haber cabalga-



do juntos durante años habría sido capaz de recordar nada bueno sobre él.

Con Samuel solo existía la crueldad y la violencia.

Días atrás, un funcionario de Hacienda había informado al Capitán que un furgón con veinte mil onzas de oro mexicano partiría del puerto de Cádiz a Madrid escoltado por treinta soldados a las órdenes de un capitán de dragones y dos funcionarios. Conocían el itinerario y la posada dónde pararían a cenar y a cambiar el tiro de caballos. La posada Real de Luisiana.

Hacerse con veinte mil onzas de oro y robarle a Hacienda, al Estado, al rey.

¿Podía existir un plan mejor?

Era tan bueno que parecía mentira, así que el Capitán y sus hombres planearon minuciosamente el golpe. Un plan que los había llevado a la puerta de la posada Real de Luisiana a las seis de la tarde de ese día. Cuando el jefe de los bandoleros y sus hombres ocuparon el umbral de la puerta como un escuadrón cerrado, la actividad frenética de los posaderos y las animadas conversaciones de los viajeros cesaron bruscamente. Todos clavaron sus aterrorizados ojos en los bandidos.

La banda de los Siete Chacales.

Pistolas inglesas en las cananas que rodeaban sus cinturas con la munición, trabucos de bocacha de campana en las manos, espuelas vaqueras y, en la cintura, espadas dragonas con vaina de acero y cuchillos de caza.

No necesitaron presentarse.

El silencio era tan profundo que se oía. Aquellos hombres de aspecto fiero provocaban que los pulmones de los honrados viajeros de la diligencia dejaran de respirar.

El Capitán barrió la posada con sus ojos plata, como el

filo de una guadaña al sol, hasta encontrar la mesa ocupada por los soldados. Todos, profundamente dormidos. Alguno, incluso, con la cara sobre el plato.

—Tranquilos, nadie va a sufrir ningún daño, si siguen mis órdenes. Manténgase quietos en sus mesas, con las manos a la vista —dijo el Capitán en un tono cortés.

Samuel avanzó con rapidez entre las mesas para comprobar que los veinte soldados estaban profundamente dormidos. Quedaban diez más en el patio guardando el furgón; si el posadero había sido diligente, también estarían dormidos por el narcótico en el agua y el vino.

El paso de Samuel por el comedor fue acompañado de ojos que miraban en otra dirección, cuerpos que se encogían y piernas y manos temblorosas. Aunque no hubiese ido armado para ir a la guerra hubiera causado el mismo efecto. Lo que atemorizaba y provocaba el instinto de bajar los ojos no eran las tres cicatrices que desfiguraban el lado izquierdo de su rostro, ni su aspecto de fiero guerrero, sino la frialdad demente de su mirada.

Samuel, después de asegurarse de la total inconsciencia de los soldados, hizo un gesto al Capitán.

Los bandoleros atravesaron el salón de la posada.

Uno de ellos lucía un parche de cuero negro sobre el ojo izquierdo y vestía la casaca azul marino con cuello rojo y ribetes del mismo color propio del uniforme del cuerpo de artilleros, era veterano de la guerra contra los franceses. Otro, con un pañuelo negro anudado en la parte posterior de la cabeza, parecía un pirata. El tercero no podía ocultar su aire aristocrático. Pelo negro, chaqueta negra de terciopelo con botones de plata, pantalón negro y botas de montar negras. El cuarto era una mujer. Una mujer vestida de hombre. A pesar del atuendo masculino y su aspecto duro,

su cuerpo lleno de curvas la delataba. Tras ella, un gitano con un aro de oro en una de sus orejas, lacia melena negra y ropa de vibrante colorido.

Los viajeros que aún no se habían desmayado miraban el espectáculo que representaba la visión de aquellos siete bandidos, que en esos momentos se dirigían al patio.

—Diego, quédate en el comedor. No quiero heridos, pero si alguno se hace el héroe, ya sabes lo que tienes que hacer —ordenó el Capitán sin detenerse.

El antiguo combatiente de un solo ojo asintió con un gesto de la cabeza apoyando el trabuco en su hombro. Era un gigante de aspecto sombrío y en permanente estado de alerta, como un perro guardián.

El resto de la cuadrilla salió al patio donde estaba resguardado el vehículo con el botín. Dos tiros disparados desde detrás del furgón los hicieron dispersarse. A cubierto, respondieron al ataque.

Era evidente que el narcótico no había dormido a todos los soldados. Siempre había algún maldito asceta que no bebía ni comía.

Siguiendo las indicaciones y los gestos del Capitán, los hombres se distribuyeron por el patio con el objetivo de rodear a los soldados parapetados tras el vehículo. Las balas silbaban entre ellos hasta que se incrustaban en las paredes. Los caballos relinchaban poniéndose de manos y las gallinas trataban de huir con sus vuelos cortos y torpes.

Todo era ruido y polvo.

Marcos, el bandolero con aspecto de pirata, cogió aire, abandonó la esquina del muro que le servía de protección y avanzó con la cabeza gacha tratando de ganar posiciones. Una montaña vestida de soldado saltó sobre él apretando el antebrazo contra el cuello del bandido.

Se le cayó el trabuco al usar las manos para liberarse del agarre, notaba su garganta cerrarse y la sangre atrapada bombear en su cabeza. Aunque la niebla cegaba sus ojos, pudo distinguir a Samuel, que corría hacia ellos agachado para protegerse de las balas. Pero Samuel ni siquiera lo miró y siguió avanzando en busca de un parapeto para disparar a los soldados.

La mirada de Marcos comenzó a oscurecerse y en su cabeza solo había lugar para dos pensamientos: lograr aspirar aire en los pulmones, que comenzaban a quemar, y matar a Samuel si salía de esta.

De repente, la presión de su garganta desapareció y el agarre se aflojó.

Marcos dio un paso al frente aspirando atropelladamente mientras miraba atrás. La montaña uniformada caía al suelo con el cuello abierto de un tajo, desvelando tras él a la bandolera con el cuchillo ensangrentado.

La hubiera besado, pero no quería arriesgarse a una patada en los huevos.

—Gracias, compañera.

—Muévete —fue la respuesta de la mujer mientras corría a ganar una posición defensiva. La siguió.

El Capitán logró abatir a los dos soldados que aún disparaban desde detrás del furgón defendiendo el oro. Y se hizo el silencio. La cuadrilla de bandoleros se dirigía al desprotegido furgón cuando el disparo salió de su interior y el bastardo desfigurado saltó dentro.

Y ahora permanecían en silencio, con la mirada fija en el interior del furgón a través de la puerta reventada. Tras unos segundos, un gemido sordo escapó del interior. Una exhalación, y Samuel, con el rostro y las manos cubiertos de sangre, saltó al exterior. Alto, fornido, con una barba color

miel poco poblada que no podía disimular su rostro desfigurado. Había sido un hombre muy guapo. Ya no lo era.

—Despejado.

Marcos se adentró en el furgón para salir al momento agitando un cofre de metal. El repiqueteo metálico le hizo sonreír. Lo abrió con un golpe seco del mango de su cuchillo. Miles de monedas de oro mexicano brillaron al sol.

—¡Viva México, cabrones! —gritó lanzando una moneda al Capitán, que la alcanzó al vuelo.

—¡Viva! —respondieron sus compañeros con sus rudas voces teñidas de entusiasmo.

—Recoged el dinero —ordenó el Capitán mientras se dirigía a María, que esperaba tras él, con la mano apoyada en la empuñadura que sobresalía de la cintura de su pantalón.

Los hombres corrieron hacia los cofres repletos de monedas, pesadas y tintineantes.

—María, ocúpate del dinero, pero antes dale su parte al posadero, a la cocinera y a los chavales que vigilan los caminos. Y hazle llegar al funcionario de Hacienda lo acordado. Si estaba en lo cierto, y parece que sí, tenemos veinte mil monedas de oro. Sé generosa, es un buen contacto. Y sonríe.

María esbozó una sonrisa que no quería ocultar lo falsa que era y caminó hacia sus exaltados compañeros.

El Capitán giró la cabeza sobre su hombro para buscar al único de sus hombres que no estaba riendo entre los cofres de oro: Samuel. Lo encontró inmóvil, apoyado con un hombro en un pilar de los soportales que rodeaban el patio.

No le gustaba.

No confiaba en él.

Ningún miembro de la partida lo hacía. Y cuando la vida está en juego, la confianza en el compañero que lucha a tu lado lo es todo,. Pero el Capitán era un hombre inteligente

y sabía que toda banda necesita a alguien como Samuel, alguien sin escrúpulos, sin sentimientos.

Una fiera.

—Capitán, esto se merece una celebración por todo lo alto —gritó Marcos mientras abría los brazos y sonreía con las manos rebosantes de monedas de oro.

—Lo mejor será dejar la celebración para más adelante. En cuanto la noticia llegue a la Gobernación, sacarán a todos los soldados tras nosotros. Deberíamos escondernos una temporada —intervino María—. Ya tendremos tiempo para celebrarlo.

—Tenemos una fortuna en nuestras manos, ¿y quieres que vayamos a encerrarnos en una cueva? —preguntó Marcos sin disimular su asombro.

Para los hombres como ellos, que vivían con el aliento de la muerte en la nuca, mañana era un tiempo lejano e improbable.

Solo tenían hoy.

Ahora.

Los dos miraron a su jefe esperando una orden, pero el Capitán se limitó a contemplar el oro por toda respuesta.